

Número 86

REPUBLICA DE COLOMBIA

Julio 1.º: 1913

REVISTA
DEL COLEGIO MAYOR
DE
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA

IMPRENTA ELÉCTRICA—168—CALLE 10.

MCMXIII

REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, 1.º de julio de 1913

LA EUCARISTIA

Y LA UNIÓN DE LOS HOMBRES ENTRE SÍ (1)

Porque todos los que participamos del mismo pan, bien que muchos, venimos a ser un solo pan, un solo cuerpo.

I. Cor. X. 17.

El más admirable y principal objeto de la Eucaristía, según lo hemos dicho ya (2), es la vida divina o, mejor dicho, la unión divina en gracia y caridad, puesto que es por una unión completa de amor como Dios nos comunica su propia vida. En la Eucaristía Dios se da a nosotros sin medida, y tanto nos diviniza, cuanto puede serlo una criatura.

La Eucaristía tiene un segundo objeto que se relaciona con el primero y es su consecuencia necesaria: la unión humana en caridad, es decir, la unión íntima de todos los hombres por el amor.

Este fue el plan primitivo de Dios cuando dio el sér a la criatura racional. Los hombres debían estar unidos a Dios y unidos entre sí. El amor de Dios, que todo lo había creado, debía vivificarlo todo, unirlo todo: Dios amaba al hombre; el hombre debía amar a Dios; el hombre debía amar al hombre.

(1) El traductor de esta bellísima *Plática* la dedica al Congreso Eucarístico Colombiano.

(2) *Plática* anterior, la tercera; ésta que vertimos es la cuarta.

CONTENIDO

La eucaristía y la unión de los hombres entre sí.....	MONS. DE GIBERGUES
Sobre minas.....	GERARDO ARIAS MEJIA
Trabajos sobre física.	
El intruso.....	JOSÉ A. GUTIERREZ FERREIRA
Sobre la educación.....	LUIS ENRIQUE FORERO. M. A.
Valioso obsequio al Colegio.	
Cuentas del Síndico.	
Doctor Luis Enrique Forero.	
Bibliografía Colombiana.	
El Santo Evangelio de Jesucristo	MONS. BAUNARD
Consejo de humildad.....	} ALFREDO DE ARTEAGA
A Anacreonte.....	

Pero el pecado vino a trastornar la obra de Dios, introduciendo el odio donde debía reinar el amor, y la separación donde debía existir la unión. El hombre, después de haberse separado de Dios y vuelto contra Dios, se ha separado del hombre y vuelto contra el hombre. Caín, al mojar sus manos en la sangre de su hermano, como consecuencia de la falta de su padre reprodujo esta falta bajo otra forma. Los descendientes de Adán habrían de multiplicarla y acrecerla más aún.

El estado salvaje, las sangrientas guerras, los combates fratricidas, la esclavitud, la explotación del hombre por el hombre, la antropofagia, todos los horrores del mundo antiguo y todos los que subsisten en el moderno, son los resultados del primer pecado que, al volver al hombre contra Dios, volvió al hombre contra el hombre.

Los mismos judíos—pueblo elegido de Dios—no escaparon por completo a la maldición original, y hasta en su legislación, donde se decía: “ojo por ojo y diente por diente,” se encuentran señales de esa dureza de corazón, de la cual los acusó Jesucristo: *propter duritiam cordis*.

Empero, Dios no podía ser vencido por el mal, y cometida la falta, hizo, inmediatamente, la promesa redentora.

En el tiempo señalado, Jesucristo vino a destruir la obra del pecado y a restablecer con la ley de caridad, desconocida por el mundo antiguo, el primitivo plan de Dios.

¡Revolución prodigiosa que se cumpliría en las relaciones humanas! Era indispensable sustituir la doctrina del odio, del egoísmo, de la fuerza y de la opresión, con el principio de la mutua ayuda, del respeto y la protección a los débiles y a los humildes: en una palabra, con el principio del amor. Fue con la Eucaristía como Jesucristo obró esa transformación maravillosa!

Con frecuencia, durante su vida, ante sus Apóstoles y en público, Jesús habló de la caridad. Mas fue en el momento mismo de la institución de la Eucaristía cuando Cristo quiso promulgar definitivamente la ley, para demostrar que la Eucaristía sola puede darnos la fuerza para cumplirla.

“Un mandamiento nuevo os doy,” les dijo: Este es mi precepto: “que os améis los unos a los otros, así como yo os he amado.... En esto conocerán todos que sois mis discípulos....” (San Juan, XIII, 34, 35).

Después, dirigiéndose a su Padre en una sublime oración, le ruega con ahinco que restablezca la unidad primitiva: “Padre Santo.... que sean una cosa como también nosotros!.... Que sean todos una cosa, así como tú, Padre mío, en mí y yo en ti; que también sean ellos una cosa en nosotros.... que ellos sean consumados en la unidad!” (San Juan, XVII, 11, 21, 23).

Restablecer la unidad, hé ahí el objeto de la nueva ley. Pedro, que es el fundamento y cabeza de la Iglesia, la restablecerá en los *espíritus* por medio de la enseñanza infalible. La Eucaristía, que es la fuente y el tesoro de todas las gracias, la restablecerá en los *corazones* con la difusión de la caridad. Tal es la voluntad del Salvador: ¿Cómo va a realizarse?

La Eucaristía, después de haber producido la caridad divina, con la unión divina de la gracia y el amor, ¿cómo producirá la caridad fraternal?—De dos modos: uno negativo, *destruyendo todas las causas de desunión*, y otro positivo, *uniendo real y efectivamente* a los hombres entre sí.

* *

Hay tres causas de desunión y de discordia entre los hombres: *el orgullo, el egoísmo y el odio*.

Por *orgullo*, se cree el individuo superior a todos los demás, no consiente en ceder ni en reconocer sus yerros, desea triunfo, dominar siempre y humillar a todo el mundo ante él.

Orgullo de los nobles respecto a los plebeyos y de los plebeyos respecto a los nobles; orgullo de los ricos para con los pobres y de los pobres hacia los ricos; orgullo de los amos respecto hacia los sirvientes y de los sirvientes hacia

los amos; orgullo de los hijos para con sus padres y de los hermanos y hermanas entre sí; orgullo en las relaciones del mundo: se denigra, se desprecia a su prójimo a fin de rebajarlo y de humillarlo!

Del orgullo procede un gran número de maledicciones, de calumnias, de discordias de familia, de divisiones entre amigos; el orgullo es un fermento perpetuo de disensiones y de enemistades.

La Eucaristía destruye el orgullo: es necesario humillarse para creer; es indispensable someter la razón ante las enseñanzas de la Iglesia, ante la verdad revelada. ¡ Hay que humillarse para atreverse a llegar cerca de un Dios que tan profundamente se humilla ÉL mismo!

Antes de instituir la Eucaristía, Jesucristo se puso de rodillas ante sus Apóstoles y les lavó los pies, diciéndoles: "Ejemplo os he dado." (San Juan, XIII; 15).

Antes de subir al altar, el sacerdote se inclina profundamente y confiesa sus pecados y los del pueblo. Antes de comulgar y de dar la comunión a los fieles, el sacerdote repite por tres veces: *Non sum dignus*.

Hé aquí los sentimientos del alma que quiere participar del sagrado banquete. Y cuando el Salvador, que "se anonadó a sí mismo" (Filip. II, 7, 8.) por amor a nosotros, según la expresión de San Pablo, desciende hasta el alma del que comulga, completa así y perfecciona los sentimientos de humildad sin los cuales no se podría agradarle. La Eucaristía, pues, destruye al orgullo, que es la primera causa de desunión.

La segunda causa de desunión es el *egoísmo*. Primero yo y mis intereses; mi bienestar ante todo. Aunque perezca el mundo, con tal que yo viva: esa es la disposición del egoísta, que es el antípoda de la caridad.

La Eucaristía destruye al egoísmo. ¿Cómo contemplar a un Dios que se da, a un Dios que se sacrifica, que se prodiga sin vacilaciones y se entrega totalmente, sin que a nuestro turno nos sonrojemos de nosotros mismos, sin

que nos avergoncemos de nuestro egoísmo y sin concebir hacia éste grande horror? ¿Cómo recibir a un Dios crucificado, a un Dios que derramó hasta la última gota de su sangre por nosotros, sin consumirnos en ardientes deseos de darnos y sacrificarnos por los demás? La Eucaristía, pues, destruye al egoísmo, segunda causa de desunión, encendiendo en nuestro corazón la llama de todos los sacrificios, de todas las caridades!

Por último, el odio es la tercera causa de desunión. Fruto envenenado del orgullo y del egoísmo, el odio resume todos los delitos y aumenta todos los estragos; y se desliza en el corazón humano con parecido éxito al que produce la pérfida chispa que prende un incendio. Los sentimientos más sagrados, los más santos afectos, las ligaduras de la carne y de la sangre, los lazos de las más antiguas amistades, ¡todo lo consumen las infernales llamas del odio: nada encuentra gracia delante de él! Y, aun en la última hora, en el momento de comparecer delante de Dios, a las veces se encuentran corazones de tal manera assolados por el odio, que no pueden perdonar!

Empero, la Eucaristía extingue los odios más violentos. El que comulga no considera al prójimo en sí mismo sino en Dios: en un Dios que hace brillar el sol y caer la lluvia tanto para los buenos como para los malos; en un Dios que hace siempre el bien a sus enemigos; que lavó los pies al mismo Judas; que se dejó abrazar por el traidor; que perdonó a sus verdugos, a los fariseos, a los judíos y a todos los hombres! En un Dios que no quiere recibir nada de aquel que no se haya reconciliado antes con su hermano, y que nos ha dicho que perdonemos hasta setenta veces siete veces; en un Dios que ha puesto en nuestros labios la sublime oración: "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos." (San Mat., VI, 12.) Todos esos divinos perdones nos los recuerda la Eucaristía, nos los predica siempre, y ella viene a nosotros para arraigarlos en nuestro corazón.

Así, en las misas solemnes, en el momento de la comunión, el sacerdote se vuelve hacia el diácono, y antes de recibir a su Dios, da a su hermano el ósculo de paz. En la primitiva Iglesia el diácono lo transmitía al primer asistente, y los fieles se lo transmitían los unos a los otros. Es porque para comulgar es necesario tener el corazón puro de todo odio. La comunión y el odio se excluyen, como el agua y el fuego; y el objetivo del Salvador, al venir a nuestras almas, es el de destruir en ellas y anonadar hasta los menores rastros de enemistad.

Tales son los efectos de la Eucaristía con relación al prójimo. Ella destruye todas las causas de discordias: destruye al orgullo, al egoísmo y al odio.

*
*
*

Mas la Eucaristía no se detiene allí; ella va aún más lejos: *Une efectivamente* los corazones con los lazos más estrechos de la caridad. Y esto ¿cómo?

La Eucaristía nos une real e inmediatamente a Jesucristo: nuestro corazón a su corazón, nuestra inteligencia a su inteligencia, nuestra voluntad a su voluntad, nuestra carne a su carne, nuestra sangre a su sangre, nuestra alma a su alma y nuestra vida a su vida.

Nos une a Jesucristo, como el alimento se une al cuerpo en las maravillosas transformaciones de la nutrición; nos hace una misma cosa con EL.—“Yo en Vos, dice Jesucristo a su Padre, Vos en Mí y Yo en ellos.”—Y agrega en seguida: “Para que sean todos una cosa.... consumada en la unidad!” (San Juan, XVII, 21, 23).

En efecto, uniéndonos todos a Jesucristo en la comunión, nos unimos así, los unos a los otros; somos todos una misma cosa, consumados en la unidad. San Pablo lo dice expresamente en términos conmovedores: “Porque un pan, un cuerpo somos muchos, todos aquellos que participamos de un mismo pan.” (I. Cor. X, 17)

¡Cuán sublime pensamiento en esta comparación!
¡Cuán admirable y conmovedora enseñanza! Los granos de trigo son molidos y pulverizados para formar un mismo y solo pan; así nuestros sentimientos y nuestros corazones deben mezclarse y unirse de tal manera, que nuestras almas no formen sino una sola alma en la caridad y en el amor fraternal.

Más todavía: después de la consagración, la substancia misma del pan desaparece; no quedan de él sino las apariencias, y es la substancia del cuerpo de Jesucristo la que toma el lugar de aquella y está allí realmente presente. Así, en la comunión, debemos desaparecer; todo lo humano que hay en nosotros debe cesar de ser, y sólo Jesucristo debe vivir en nosotros: no debemos ser, todos, sino uno solo en Jesucristo.—“No hay sino un pan, y nosotros somos un solo cuerpo, todos los que comemos un mismo pan.”

¡Oh! Si tenéis una fe viva, si creéis en estas santas verdades y en estas sublimes transformaciones, ¡cómo reinará la caridad fraternal en vuestras almas, sin esfuerzos y sin obstáculos!

¡Oh! Si, por vuestra fe, sabéis desgarrar los velos de la carne y ver a Jesucristo mismo en el alma del prójimo: Jesucristo en vuestros padres y en vuestros hijos; Jesucristo en vuestros hermanos y hermanas; Jesucristo en vuestras esposas y en vuestros esposos; Jesucristo en vuestros sirvientes; Jesucristo en vuestros superiores y en vuestros inferiores; Jesucristo en vuestros amigos y en las personas del mundo; Jesucristo en los pobres y en los enfermos; Jesucristo en toda la criatura.... ¡Cómo se transformarán vuestros sentimientos, vuestros afectos y vuestros corazones! ¡Cómo los celos y la envidia, la enemistad y el odio, el rencor y la venganza os serán imposibles, incomprensibles!

¡Cómo amaréis sobrenaturalmente a los que no amáis naturalmente, o a aquellos que amáis demasiado naturalmente!

¡Cómo amaréis a todos lo suficiente, a nadie demasiado!

¡Cómo será purificado, arreglado, equilibrado y cambiado vuestro corazón porque estará sobrenaturalizado!

¡Cuán fácil, universal, activa, generosa, ardiente, será la caridad! ¡Cómo gozaréis de ese tesoro, que es vuestro mejor bien y vuestra mayor fuerza, y que sólo la caridad puede daros: la paz del corazón, aquella "paz de Dios que sobrepaja a [todo entendimiento humano!" (Filipenses, IV, 17.)

Tal es el deseo del Corazón de Dios: ¡que sea el vuestro! ¡Que la Eucaristía reine sobre vuestros espíritus, sobre vuestras voluntades, sobre vuestros corazones y sobre vuestras almas! ¡Que reine, por vosotros, en rededor vuestro! ¡Que reine sobre vuestros hijos, sobre vuestras esposas y sobre vuestros esposos, sobre vuestros servidores, sobre vuestras familias, sobre vuestros amigos, sobre la sociedad y sobre el mundo! ¡Que exceda y rebose de la plenitud de vuestro corazón sobre aquellos que os vean, os oigan y se os acerquen!

Que, en fin, por vuestras oraciones, por vuestros ejemplos, por todas vuestras influencias, la Eucaristía resplandezca sobre todos los hombres, cerca de vosotros y a lo lejos, para efectuar la unión en los espíritus y en las almas, para que la caridad abraza todos los corazones, y que el deseo y voto del Salvador moribundo se cumpla, que su oración se realice: "Padre Santo... que todos sean una cosa como también nosotros!... que ellos sean consumados en la unidad!" (Juan, XVII, 11, 21, 23).

*
* *

¡Ah, cristianos! La gran cuestión que se debate en Francia, en la hora actual, es ésta: La unión divina. No se trata de una cuestión política; no se trata de una cuestión de prosperidad temporal, de intereses humanos, de seguri-

dad social; se trata de mucho más: se trata de la unión divina, de la vida divina en nuestra tierra de Francia!

¿Iremos a desatar ahora los lazos que todavía nos unen a Dios? ¿Iremos a estrecharlos más? ¿Iremos a renovar la unión divina, la vida divina en las almas?

Que cada cual concorra con el peso de sus oraciones, de sus sacrificios, de su abnegación, de su influencia personal para que la balanza se incline del lado de Dios y que la unión se rehaga entre El y Francia!

¡Seréis desgraciados, reprobables, dignos de desprecio, si no comprendéis el precio incomparable de la unión divina, la necesidad soberana de continuar la obra del Redentor que esparció su vida en las almas, y que nos dijo: "Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en más abundancia!" (San Juan, X, 10).

¡Cuán felices seréis y bendecidos y recompensados si, colocando la vida divina por sobre todo, os hacéis de Jesucristo los auxiliares abnegados y los apóstoles intrépidos, para acrecentarla cada día más en vosotros, y prodigarla en vuestro derredor, hasta el día bendito en que, para recompensar vuestros trabajos y vuestras penas, vuestro celo y vuestro amor, la vida divina os absorberá, rebosará de vosotros y os penetrará de tal manera, que no podréis escapar de ella, y que después de haber acopiado sobre la tierra vuestras virtudes y vuestros méritos, ella hará en el cielo vuestra recompensa y vuestra dicha por toda la eternidad!

MONS. DE GIBERGUES

Obispo de Valence